

pecito, aplicándole para su refrigerio hachas encendidas, y los dolores sobrepujaban todo sentido; de manera, que para no desmayar, fué menester la fuerza del Espíritu Santo, que interiormente la confortaba. Ejecutada esta crueldad, para que no quedase martirio por padecer, ordenó que la atasen á un poste y con un martillo le golpeasen la cabeza y le quebrasen el casco y los huesos, y luego con agudos cuchillos le fuesen cortando los pechos á pedazos. ¿A qué me canso, hermanos? Concluyamos de una vez y admiremos la gracia de nuestro Dios, que en naturales tan flacos obra tantas maravillas. Superior se manifestó Bárbara á todos los tormentos que inventaron los tiranos, llenaba de asombro aquella constancia invencible en una niña de doce años, cuando los mismos verdugos quedaban avergonzados y rendidos en sus suplicios. Pero ¿cómo acabará su vida esta ilustre confesora de la fé de Jesucristo? Al filo de la espada. Pero ¿de qué espada? Me horrorizo al pronunciarlo: de una espada, manejada por su mismo padre, por el mismo que le dió el sér y la vida. Dióscoro, este mónstruo, esta furia del abismo, fué el verdugo de su hija. ¿Quién imaginaria tal barbarie en un padre? No pudiendo sufrir este feroz idólatra la constancia y la firmeza de Bárbara en la fé del Cristianismo, resolvió, con ánimo cruel y diabólico, ofrecer á sus dioses el cruento sacrificio de la prenda más amada; y cogiendo á la hija de los cabellos, y retorciéndole el cuello, cortó con el alfanje una vida que merecía durar eternidades. La flor hermosa de su cuerpo cayó al golpe del cuchillo, y su alma, como cándida paloma, voló al nido del esposo á descansar en los brazos de Dios. No pudo ver el Cielo sin horror atestado tan inhumano, y un rayo desprendido de una nube tenebrosa, abrasó con su llama al autor de maldad tan execrable. Dióscoro en el Infierno paga y pagará eternamente la pena de sus gravísimos crímenes; y Bárbara goza y gozará eternamente en el Cielo la corona de sus triunfos y el premio de su martirio.

Y una virgen á quien nuestro Dios amó tanto, ¿cómo puede dejar de ser medianera eficaz para con sus devotos? En los truenos, rayos, tempestades, huracanes y alteraciones del aire, Bárbara es el consuelo universal de quien la invoca, especialmente de los labradores, que tanto menoscabo reciben de los estragos del granizo y de la piedra. ¡Felices devotos de esta virgen, y más dichosos los que se esmeran en sus cultos y en promover la devoción de la Santa! Ellos conseguirán todos los bienes de fortuna y de gracia en esta vida, y en la otra la corona de la gloria, que á todos deseo. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN BASILIO, ABAD,
OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

In medio Ecclesie aperiet Dominus os ejus, et adimplebit illam spiritu sapientie et intellectus, et tunc gloria vestiet illum.

En medio de la Iglesia le abrirá el Señor sus labios, llenándole del espíritu de sabiduría y de inteligencia, y revistiéndole de un manto de gloria.

(ECCLES. 15, v. 5.)

¿Cuán difícil le es al hombre, el seguir constantemente el camino de la justicia, aún despues que Dios le ha puesto en él por su infinita misericordia! La perseverancia en el bien obrar es cosa tan importante en la vida espiritual, como la conservacion de la existencia física en la vida corporal; y si acto de un Dios criador es, el dar el sér á una criatura, no es ménos dón de Dios su conservacion; si acto sobrenatural y portentoso es, dar la vida de la gracia, acto no ménos sobrenatural ni ménos portentoso es la perseverancia en el estado de gracia. Sin embargo, el grande Agustín nos dice: «El que te crió sin tí, no te salvará sin tí.» Críonos el Señor sin nuestra cooperacion; pero no perseveraremos sin nuestra cooperacion. Dios nos ha criado en el estado de prueba; preciso es, pues, que seamos probados; la prueba hace ver lo que valemos, la prueba es la piedra de toque de nuestro mérito. Y ved, señores, porqué nuestro Dios supremo remunerador, nos ha colocado en este mundo como en un campo de batalla para que siendo fieles en la prueba, para que saliendo victoriosos en el combate con su gracia y nuestra libre cooperacion, seamos coronados y recompensados. Aún más. No basta vencer una vez sola, ni solas dos veces; deber nuestro es, vencer siempre; y solo el que perseverare fiel hasta la muerte, será salvo, segun el oráculo divino. La perseverancia en el bien obrar, la constancia, la firmeza, la fortaleza cristiana, es lo que perfecciona una vida virtuosa, lo

que inmortaliza una larga serie de hechos buenos, brillantes; es lo que corona la cúspide del edificio espiritual.

Teniendo que hablaros hoy, amados míos en el Señor, del gran patriarca, obispo y doctor de la Iglesia San Basilio el Magno, he querido haceros las reflexiones que preceden como para introducir en la escena más importante del gran drama histórico del siglo IV y V, en los que la Iglesia, que había salido victoriosa, brillante, refulgente como el sol, del horroroso caos de las persecuciones, durante más de tres siglos; tuvo que sostener una lucha, tanto más peligrosa, cuanto más doméstica con el arrianismo, que principió con una chispa encendida allá en Alejandria, y prendió con la velocidad del rayo y la violencia del fuego en todo el Oriente y la mayor parte del Occidente. Muchas, muchísimas é infinitas pruebas tiene dadas Dios, de que asiste visiblemente á su Iglesia, y que su Espíritu Santo no la abandona jamás. Pero, á falta de todas las demás, aún digo poco, á falta de todo otro milagro, de todo otro prodigio, la conservacion de la fé católica, la conservacion de la Iglesia misma de Jesucristo, durante la larga duracion de la herejía de Arrio, bastaria, sobraría para probar, no solo la divinidad de la santa fé católica, sinó hasta la divinidad de nuestra santa religion, la divinidad de nuestro Dios y Señor Jesucristo, Dios de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, luz de luz, consubstancial al Padre.

Porque en verdad, si jamás herejía alguna amenazó tanto arruinar, si posible fuera, nuestra santa religion, nuestra santa fé católica, como la herejía arriana con todas sus ramificaciones y simulaciones hipócritas; tambien es cierto, que en ninguna otra época han florecido á un mismo tiempo, y como acodándose unos á otros, tantos grandes hombres, tantos ingenios sublimes, tantos varones ilustres como los que descollaron desde el año 350 al 450, siglo de la mayor pujanza del arrianismo. El héroe cuyos cultos honramos en este sagrado recinto, fué una de las más firmes columnas de la Iglesia universal, uno de los más ilustres atletas de la fé, uno de los mayores santos y doctores. Vastísimo es el campo que nos ofrecen sus virtudes, sus hechos y sus escritos. Solo el nombre de Basilio es su debido elogio: tanto ha descollado este sublime ingenio, que en el siglo de los grandes hombres de la Iglesia, no se le conocía sinó con el epíteto de grande: Basilio el Magno, Basilio el Grande. Bien á mi pesar, católicos, me veo forzado á limitarme demasiado para no cansar vuestra piedad edificante y vuestra benévola atencion.

Hé, aquí, pues, el plan y objeto de mi discurso. San Basilio el Magno ilustró á la Iglesia con su santidad, con su prudencia, con su

fortaleza y con su sabiduría. Esto es; el gran Basilio fué un esclarecido héroe, santo, prudente, fuerte, sábio. Pidamos al Padre de las Luces, illustre mi entendimiento y dé unción á mis palabras para vuestra edificacion y provecho. *A. M.*

La santidad de Basilio el Magno fué como hereditaria. Con efecto: nació en Cesárea, ciudad capital y metrópoli de toda la Capadocia, hácia el año 328 de la era cristiana. Sus padres fueron San Basilio y Sta. Emelia ó Emelia: fué nieto de Sta. Macrina, madre de su padre San Basilio. Tuvo por hermanos San Gregorio, obispo de Niza, San Pedro, obispo de Sebaste, de Sta. Macrina, virgen, que era la primogénita; tuvo además dos otros hermanos, uno de los cuales abad, y cuatro hermanas, que todos han sido santos. Tenemos, pues, una abuela santa, con su hija, yerno y diez nietos santos. Ya veis, católicos, cuán bien puede aplicarse literalmente á esta familia de santos cuanto de una familia bendita dice el profeta rey: Bienaventurados todos aquellos que temen al Señor, que andan por sus caminos. Dichoso tú, ¡oh justo! porque comerás en paz el fruto de tus manos: dichoso serás y todo te sucederá bien. Tu esposa será como una parra fecunda en el recinto de tu casa. Tus hijos, como pimpollos de olivo, estarán alrededor de tu mesa. Tales serán las bendiciones del hombre que teme al Señor.

Criado por tan buenos padres y nutrido con saludables y sólidos pastos espirituales, nuestro Basilio crecía y se perfeccionaba en todo género de virtud. La solidez y vivacidad de ingenio, que desde los primeros asomos de la razon notó su padre, le impeliéron á aplicarlo sin pérdida de tiempo al estudio de las letras, primero en Cesárea, y despues en Constantinopla; de donde, ya con sólidos conocimientos, pasó á la culta Atenas, todavía célebre asiento de las ciencias. Allí trabó nuestro S. Basilio estrecha amistad con S. Gregorio Nacianceno, que tambien habia pasado á aquella ciudad no teniendo que adelantar en Alejandria, conservando ambos la más estrecha y cordial amistad que jamás se desmintió. Los conocimientos de Basilio, juntos con su piedad, llamaron justamente la atencion de sus contemporáneos: hablaba las principales lenguas, le era familiar la historia, sobresalía en las matemáticas y en la poesía. Su elocuencia majestuosa encantaba con todos los primeros del arte; y á los veinte y siete años de edad, con el mayor aplauso, defendió en estrados la justicia, ejerciendo la abogacia, siendo en ella el honor de profesion tan distinguida.

Despues de muchos años de diligente estudio de las humanidades,

y de algunos de enseñarlas en famosas escuelas, llevado del poderoso atractivo de la santidad, se entregó totalmente al estudio de la sagrada Escritura. Pasó á Egipto, donde estudió y estuvo en grande comunicacion con el grande teólogo Porfirio, abad de un monasterio, de donde con el deseo de visitar el teatro de nuestra Redencion, pasó á Jerusalén, logrando conquistar enteramente para Jesucristo á su maestro Eubulo, á quien infatuaba su demasiado saber. Partió del Egipto con su maestro; y en los vastos desiertos de Egipto y la Palestina encontraron ambos los mejores modelos de virtud en los anacoretas que los habitaban.

Llevado de su ardiente deseo de mortificacion, y, sobre todo, por huir de las dignidades, se fué con su amigo S. Gregorio Nacianceno á un sitio retirado y desierto en el Ponto, en donde ya estaban su hermana Sta. Macrina y su madre Sta. Emelia en el más austero retiro y abstraccion del siglo. A pesar de su delicadísima salud, la cual fué siempre tan débil, que solia decir, que cuando él se hallaba mejor estaba más enfermo que muchos desabuciados por los médicos, su género de vida era muy austero, vivia con suma pobreza, y solamente tenia para cubrirse un vestido, que consistía en una túnica y una capa de tela muy grosera. Pontase todas las noches un áspero cilicio, que se quitaba durante el día por no hacer aparecer su mortificacion. Solo se alimentaba con pan y agua, unas pocas yerbas ó legumbres, y sal. No tenia otro fuego para calentarse que el calor del sol, aún en medio de los frios rigurosos, ni otra cama que el duro suelo. Sus austeridades le enflaquecieron tanto y lo dejaron tan pálido, que parecia no tener casi vida. Trataba á su cuerpo y lo castigaba con sumo rigor, como á un enemigo hipócrita, y á un esclavo siempre preparado á rebelarse contra su señor. Tales rigores, junto con su mala salud nativa, le hicieron contraer muchas y prolongadas enfermedades que no lo dejaron sinó con la muerte. Así es, que estos achaques continuos fueron, como él mismo lo confiesa, los que más contribuyeron á su propia santificacion y á la práctica de las virtudes sólidas. Sus ejercicios interiores de oracion, meditacion y mortificacion del espíritu, correspondian á lo que practicaba respecto de la penitencia.

Si la santidad de Basilio fué grande y heroica cuando jóven y solitario, no lo fué ménos cuando, bien á su pesar, fué elevado á la dignidad de obispo metropolitano de Cesárea. Fué un perfecto modelo de virtudes sacerdotales y pontificales. Sin cambiar en nada su género de vida penitente, se le vió siempre el padre de los pobres, el protector y amparo de los desvalidos, el celador de la moral cris-

tiana, recto administrador, defensor impávido de los derechos de su Iglesia; pastor celoso, juez misericordioso, aunque justo, y celador impertérrito de la honra de Dios. No solamente vendió todos sus cuantiosos bienes, ó los distribuyó, para socorro de los pobres y menesterosos, sinó que en dos ocasiones en que la hambre hacia espantosos estragos en su rebaño, con su celo pastoral logró persuadir á todos los acomodados, para que socorrieran abundantemente y en proporcion á sus haberes á los indigentes. Seria muy largo de referir aún solo lo más sobresaliente de su santidad. Pasemos, pues, para no abusar de vuestra benévola atencion, á su celestial prudencia.

Nada es tal vez más difícil que el gobernar á los otros con prudencia, sin faltar, por una parte, á las reglas de la justicia y á una recta administracion pública; y sin faltar, por otra, á las justas exigencias de la posicion respectiva de cada uno. La prudencia es una propiedad ó cualidad directiva de tanto mérito y que tantas dificultades presenta en su ejecucion, que la doctrina católica la eleva al rango de virtud cardinal, virtud sobrenatural, luz del Cielo, don del Espíritu del Señor. Ahora bien; basta leer los *Ascéticos* de San Basilio, esto es, las reglas y máximas de conducta cristiana que él escribió para uso de sus monjes y discípulos, para convencerse del alto grado en que poseyó la virtud de la prudencia. Millares de discípulos van al Ponto á ponerse bajo su direccion: forma muchos conventos para poderlos recibir; no abundaba en riquezas, pues que habia vendido las suyas; tenia que proveer á la manutencion y existencia de tan numerosa grey que descansaba en él. Por otra parte, sabido es, que por mejores deseos que animen á los mas fervorosos novicios al entrar bajo la disciplina monástica, es imposible que, andando el tiempo, no haya algunos espíritus indiscretos ó envidiosos de los adelantamientos de los otros; ó en fin, hombres sujetos á esta ó á la otra debilidad ó flaqueza. Consta además, que en todo el Ponto habia muchos centenares, tal vez miles, de discípulos, que se pusieron bajo la direccion de Basilio. Pues bien; no se cuenta ni aún de uno solo que le ocasionara graves disgustos, ni de la menor relajacion ó desórden en tan numerosos monasterios. Aquí veis, católicos, un milagro palpable de prudencia.

Nuestro Santo es elegido obispo de Cesárea; mil y mil asuntos á cual mas delicados, mil y mil cuestiones á cual mas peligrosas, se suscitan y levantan durante su obispado. De un lado, era menester combatir á los arrianos; pero era necesario ser condescendiente con varios obispos y personas eminentes, de mucha virtud, pero no bastante fuertes, ó ilustrados en la fé católica para atraerlos. Era

menester, además, mucha circunspección y tino para no caer en el escollo de una herejía, queriendo huir de otra contraria. Nuestro Basilio dió las pruebas más exquisitas de su celestial prudencia, en circunstancias muy difíciles, observando una conducta diferente de la que otros eminentes y santos varones observaban. Un rasgo heroico de prudencia, á la par que de fortaleza, brilló en nuestro gran Basilio, en ocasion que el emperador Valente, arriano, quiso detenerse en Cesárea para celebrar la gran fiesta de la Epifanía, y en ella asistir á los divinos oficios. Habia causado este emperador males inmensos á la Iglesia católica, y perseguido mucho á los católicos, aunque siempre con pretexto de religion y con máscara hipócrita. Vino con este objeto á Cesárea, de donde á la sazón era obispo el gran Basilio. Modesto, ministro del emperador y muy válido suyo, instaló su tribunal con la mayor pompa y aparato, rodeado de numerosas y brillantes guardias. El prefecto Modesto hizo llamar á S. Basilio á su tribunal, para que deslumbrado con tal pompa y brillo, quedase atónito y cediase de su valor. Nuestro Basilio se presentó á los estrados con calma y dignidad. Como esta entrevista es uno de los episodios mas interesantes de la vida de Basilio, creo oportuno referiros sucintamente aqui el interlocutorio que medió entre el orgulloso prefecto y nuestro humilde prelado. «Basilio, dice el prefecto, ¿qué pretendéis con oponeros al poderío de nuestro emperador? ¿qué intentais al ser el solo temerario é insolente que osa resistirle?—Suplícoos me digais, respondió Basilio, en qué consiste esa mi insolencia y temeridad.—Porque no sois de la religion del emperador, dijo Modesto, cuando todos los demás, excepto vos, se han sometido: ¿por qué no cedéis pues?—Porque el emperador mismo me lo prohibe, replicó Basilio con dignidad; y no puedo en conciencia adorar á una criatura, yo que no solo soy criatura de Dios, sino elevado á participar la dignidad de su sacerdocio divino.» Modesto, irritado, levantándose de su silla: «¿Es que no teméis, dijo, que me enfade y os haga experimentar los efectos de mi poder?—¿Y cuáles pueden ser?» respondió Basilio con entereza.—«La confiscacion, el destierro, los tormentos, la muerte misma, dijo Modesto, como fuera de sí.—Todo eso no puede hablar conmigo, dijo el santo obispo, ni puede tocarme. Hacedme cualquiera otra amenaza, si quereis que pueda producir algun efecto en mí.—Pues ¿cómo interpretáis y entendéis mis palabras?» interpuso Modesto.—«Es porque el que nada tiene ni posee, se halla á cubierto de la confiscacion, replicó mansamente nuestro Santo, á ménos que no os sirvan de algo estos trapos remendados que cubren mi desnudez, y algunos libros que compo-

nen mi librería, y constituyen el escaso ajuar que poseo. Por lo que hace al destierro, no lo conozco, porque no tengo por mío ningún pais en que habite: en todas partes estaré en mi pátria, porque en todas partes encontraré á Dios. En cuanto á los tormentos, ¿qué mal podrán hacerme ya, pues que apenas tengo cuerpo en donde se asenten, ni en donde experimentar nuevo dolor? El primer golpe solo podria herir, y él solo acabaria con lo poco que me queda de vida. El prefecto, admirado de tales palabras:—«Nadie, dijo á Basilio, me ha hablado jamás con tal atrevimiento y valor.—A lo que nuestro Santo le contestó: porque tal vez no os hayais encontrado hasta ahora con un obispo.» Respuesta sublime, que se ha conservado hasta ahora como un monumento de firmeza y prudencia episcopal. «Pues que con efecto, continuó el Santo, un obispo os responderá lo mismo que yo en iguales circunstancias.» A estas sensatas contestaciones añadió el santo obispo otras no menos cuerdas y convincentes. El prefecto despidió muy cortesmente á nuestro prelado, y pasó en seguida á dar parte al emperador Valente del resultado de su entrevista con el obispo Basilio, diciéndole: «Señor, vencidos somos! Es un hombre sublime dotado de un grande ingenio y de un carácter invencible.» La fortaleza del Santo, se dejó ver siempre que lo exigió la defensa de nuestra santa Fe, ó la de los derechos de la Iglesia, ó, en fin, la represion de los vicios.

A pesar de las muchísimas dificultades que presentaban las circunstancias, no solo corrigió los defectos del clero en su vasta diócesis, sino que mejoró y perfeccionó la disciplina eclesiástica en todo su vasto distrito, dando en ello pruebas de la mayor energia y vigor sacerdotal. Sostuvo y defendió con la mayor fortaleza los derechos de su Iglesia, sin que ningún respeto humano le arredrase, sea que tuviera que disgustar á sus mayores amigos, sea que tuviera que resistirse abiertamente á las órdenes del emperador, á quien, sin embargo, veneraba y apreciaba. Una viuda rica, jóven y noble, con quien queria casarse de grado ó por fuerza Eusebio, vicario del prefecto pretorio de Oriente, se acogió á sagrado en la iglesia de Cesárea, y se asió de la sagrada ara del altar. Eusebio, al frente de numerosas guardias, se la pidió á S. Basilio, para que la hiciese salir de la iglesia y se la entregase. Basilio respondió que no podia hacerlo; en primer lugar, porque el lugar santo á que se habia acogido la desgraciada viuda no lo permitia; y en segundo lugar, porque el obispo, siendo el protector natural de las viudas y vírgenes, no podia entregarle una viuda sin faltar á su ministerio episcopal. Ni las amenazas ni todo género de insultos pudieron hacer mudarle reso-

lucion á nuestro Santo, quien salió victorioso; y pudo libertar á la infeliz viuda por la intervencion del pueblo entero á favor de su santo y amado obispo. Podríamos citar otros muchos hechos en que, no solo brillaban la santidad y prudencia de nuestro Santo, sino su heroica constancia, su fortaleza sobrenatural. Pasemos en fin á su sabiduría.

La sabiduría de Basilio brilla en el horizonte de la Iglesia, como una de las más resplandecientes entre los santos Padres y escritores eclesiásticos. La Iglesia griega y latina están de acuerdo sobre este punto. A pesar de sus continuas enfermedades y de sus numerosísimas ocupaciones, escribió mucho y todo muy bien. Pensamientos elevados, expresion animada, dición pura, giros elocuentes, sencillez y majestad; vastísima erudicion de historia, de poesía, de teología, de sagrada Escritura, de matemáticas, de filosofía, de medicina, de ciencias naturales; de todos los conocimientos que en aquel tiempo se podian adquirir. En ninguna materia se le encuentra en falta, en todas es profundo, sólido, universal. Este es el carácter general de su ingenio. Sus obras son conocidísimas, están en manos de todos, despues de mil cuatrocientos y más años. Ellas son el arsenal de la santa teología, del dogma, de la moral, de la ascética, de la controversia, etc. Las dos Iglesias de Oriente y Occidente se inclinan ante sus decisiones, y sus decisiones se consideran como verdades ciertas, irrefragables.

Católicos, menester es pararnos en la vastísima enumeracion de los brillantes hechos de nuestro gran Basilio. Meditemos de consuno sobre lo que llevamos dicho. Lo que más os habrá admirado, sin duda, es el que un santo cuya salud fué tan mala y varia, cuya naturaleza fué tan enfermiza, aún desde su niñez, desde luego se dedicase con tanto ardor al cultivo de las ciencias, que no contento con lo que pudo aprender en la populosa ciudad en que moraba su familia, se vá á Constantinopla y á Atenas para continuar sus estudios. Todavía más; viaja por Egipto, y se pone bajo la dura y severa direccion de Tubulo para aprender las Escrituras sagradas; y á pesar de sus enfermedades, viaja por toda la Palestina para mejor entender ciertos pasajes difíciles de la santa Biblia. Os habrá tambien admirado el que un Santo, cuyo cuerpo, gastado y consumido ya por las enfermedades y achaques continuos, apenas era un esqueleto de vida, se sintiese con valor para mortificarlo tanto, como os he acabado de referir, pues que dormia en tierra y con un cilicio, solo comia legumbres y llevaba un áspero cilicio casi de continuo. Aún más; cómo una constitucion fisica tan débil podia bastar á tantas y tan deli-

cadísimas ocupaciones, á poder escribir tantas y tan excelentes obras! Y en efecto, todo es admirable, todo es sobrehumano en los santos, todo es admirable, sobrehumano y milagroso en nuestro gran Basilio. Si osamos medir sus grandes y heroicas acciones con la flaqueza de su naturaleza fisica, sin duda que no hay la menor paridad ni similitud. Pero el alma de Basilio era grande, era heroica, se hallaba poseida de una fé viva, de una confianza inmensa, de una caridad que la arrebatava á su Dios, y Dios vino en su socorro, y Dios vino á darle fuerzas sobrenaturales, á falta de fuerzas naturales; y Dios vino á obrar en su siervo lo que su siervo no podia obrar por sí. Nuestro gran Basilio se entregó enteramente á su Dios, se abandonó totalmente á su Dios, confió en que su Dios le habia de ayudar, no se dejó acobardar por la poquedad de sus fuerzas; con su ingenio sublime alcanzó á penetrar las inmensas fuerzas de Dios, y con humilde y amoroso atrevimiento se las pidió á su Dios amado; y Dios se entregó á su siervo Basilio, socorrió á su siervo Basilio, y quiso hacer en Basilio lo que Basilio, inspirado de su Dios, queria hacer por su Dios. ¡Oh dulce enigma divino, que todo lo explicas! ¡Oh bondad de mi Dios, que solo esperais que os pidan para que deis! ¡Oh generosidad de mi Dios, que al solo respiro de amor de uno de vuestros queridos y fieles siervos, acudis con un inmenso raudal de favores! Solo Vos, Dios mio, sois la clave de este enigma misterioso. Venid á nuestros corazones, descendid á nosotros, y despertad en nosotros esos heroicos sentimientos que tan agradables os hicieron á vuestros santos.

Despertad, católicos, despertad de ese fatal letargo que os tiene sumidos en la apatia, en la más cruel indiferencia. Nuestros modelos sean los santos. Estos cultos que hoy tributamos á nuestro gran Basilio, deben hacernos escogerlo por nuestro modelo, por nuestra guia, por nuestro benévolo protector y poderoso abogado. Las misericordias del Señor no se han acabado, son infinitas ó inagotables: pidámosle por la intercesion de su siervo el gran Basilio, venga á encender nuestros corazones con el fuego del divino amor, y los inflame en deseos vivos y eficaces de sufrir y padecer por su amor, de vivir para Él y de morir á nosotros mismos.

Y vos, ilustre y gran S. Basilio, que tan generosamente os entregasteis todo y del todo á Dios, alcanzados un verdadero desprendimiento de todo lo terreno, para que á nuestro ejemplo, solo vivamos de Dios y para Dios: alcanzalnos, Santo mio, el perdón de los pecados con la penitencia de ellos en esta vida, y la bienaventuranza eterna en la gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO I
DE SAN BARTOLOMÉ, APOSTOL.

Erat pernoctans in oratione.
Pasaba la noche en oración.
(S. LUC. c. 6.)

En este día en que celebra la Iglesia la festividad del apóstol san Bartolomé, nos recuerda el pasaje del santo Evangelio donde se nos dice, que Jesucristo salió á un moite á orar y pasó toda la noche en oracion, ordenándose esta á la eleccion que habia de hacer al día siguiente de doce de sus discípulos, á los cuales dió el nombre de apóstoles. Y á la verdad qué leccion más apropósito puede elegirse para honrar al bienaventurado San Bartolomé? ¿Qué puede decirse más á propósito, ni más glorioso para este santo tan amantísimo de la oración, tan digno discípulo de su divino Maestro, de quien el mismo espíritu infernal se vió precisado á confesar, que oraba cien veces al día y cien veces en la noche? ¿Que decir de él? Lo que el Evangelio elegió por la Iglesia para su festividad nos dice de Jesucristo: *Erat pernoctans in oratione*: pasaba la noche en oración?

Verdad es, que en su vida descubrimos el generoso desprendimiento de todo lo terreno, la pobreza, el celo de la salud de las almas, el fervor infatigable por extender la fé de Jesucristo, la paciencia y fortaleza en los trabajos, el gozo y la alegría en los más crueles tormentos, todo lo que hace tan grandes y distinguidos á los apóstoles, elegidos por el mismo Jesucristo para llevar su nombre y su ley por todo el mundo, enriquecidos con la virtud de lo alto que comunicó á sus almas el Espíritu santo; pero en san Bartolomé parece que la primera gracia, y el origen de todos sus merecimientos y virtudes; la fuente de donde emanaron las obras maravillosas y edificantes de que nos dejó tan consoladores ejemplos; el primero de todos sus dones y del que dimanaron todos los demás, fué la oración á que se entregó con toda la intension de su alma; aquella ora-

cion de que formaba su alimento, y podria decir como el ángel á Tobías: *Ego cibo invisibili utor*: yo me alimento con una comida invisible. Aquella oracion fervorosa en que ocupó su vida, porque teniendo siempre fija y elevada su alma á Dios, nada se permitió que no fuese conforme á la ley de Dios, nada apeteció, nada hizo que no fué del agrado de Dios.

Me ceñiré á decir en su elogio y para nuestra utilidad y aprovechamiento: que en la oracion, en que fué tan frecuente y tan fervoroso san Bartolomé, halló las grandes virtudes que reconocemos y veneramos en él, y nos señaló el medio de conseguir las nosotras y ser discípulos y seguidores fieles de Jesucristo.

Preciso es, para que reconozcamos el valor y mérito de la oracion, que empecemos á orar y pedir la gracia al Señor, sin la que no podemos, no solo hacer, sino ni aun pensar en una cosa buena; no podremos salir de nuestro abatimiento, nuestra pesadez y nuestro apego á la tierra, ni comprender ni explicar el objeto que me he propuesto. Oremos elevando nuestras almas á Dios, y pidiéndole su gracia por la intercesion de Maria santísima. A. M.

Por la oracion se engendran en el alma la piedad, la justicia, la sobriedad, la pureza, la disciplina... La oracion es el freno de la ira, la defensa más fuerte de la castidad; demasiado vemos que cuanto el hombre se dedica más ó menos á la oracion fervorosa y continua, tanto más ó menos se multiplican y engendran en su alma las virtudes. ¿Y cómo podrá menos de ser virtuoso el que tiene su alma elevada hasta el mismo Dios, el que tiene sus ojos puestos siempre en Dios, y atentos sobre su ley para obrar segun ella? Pues ved el origen de las grandes y extraordinarias virtudes del apóstol que oraba sin intermision; de san Bartolomé, que oraba cien veces al día y cien veces por la noche; de san Bartolomé, que tenía fija su alma en Dios y sus ojos puestos en su Señor para obrar, no solamente segun los preceptos, sino tambien segun los consejos de su Evangelio.

Desde el momento que el Señor le llamó, lo dejó todo, y se desprendió hasta de sí mismo por seguir á Jesucristo, en un tiempo en que Jesús era el objeto de las burlas y el desprecio, y cruelmente perseguido por enemigos poderosos: en que solamente le acompañaban unos pocos pescadores pobres y despreciables; y en que nada podia prometerse en el mundo de seguir á un hombre, que no ofrecia á los suyos sino persecuciones y trabajos. Sea que San Bartolomé fuese de una familia distinguida, como afirman algunos santos doctores, ó sea que fuese de la clase pobre y despreciable, como aseguran

otros; lo que no se puede negar es, que se hizo pobre por Jesucristo, que despreció los tesoros del oro y de la plata, que recorrió el mundo anunciando á Jesucristo y su ley santa, contento con un hábito pobre y con los más rigurosos ayunos. Huyó de las riquezas y placeres; y las riquezas, los placeres y las dignidades le buscaron. Bien pudo, dice san Lorenzo Justiniano, hacerse rico de bienes temporales, disfrutar de los placeres y ocupar las más altas dignidades; pero lo deprecó todo por no dejar de ser un discípulo verdadero de Jesucristo. Agradecido el rey de Armenia á la salud que restituyó á la princesa, librándola del espíritu inmundo que la atormentaba, le ofreció cuantas riquezas y comodidades pudiera apetecer; y á pesar de su pobreza, de andar mal vestido y sin recurso alguno, nada quiso aceptar. Pudiera haber recibido las riquezas para socorrer con ellas las necesidades de los pobres, para promover el culto á Dios, y erigir magníficos templos; pero lo rehusó todo, y presentándose al rey le hizo entender, que no buscaba cosa alguna de la tierra, ni quería otro logro que el que conociesen y adorasen todos al verdadero Dios, y renunciasen al culto de los ídolos, porque este era el voto y deseo continuo de sus oraciones. De su frecuente oración nacía aquella humildad con que huía y rehusaba los aplausos que le prodigaban las gentes en vista de sus milagros, haciendo entender á todos, que no á él, sino á Dios debía darse toda la gloria; aquella mansedumbre, por la que jamás manifestó la más ligera ira contra sus terribles perseguidores; aquella modestia tan admirable, que jamás se lee en el Evangelio que hablase una sola vez á Jesucristo, contentándose con oírle y meditar su doctrina. Y si siempre amó á Jesucristo y le siguió constantemente; si lloró sin consuelo la muerte de su Maestro; cuando despues recibió con los demás apóstoles al Espíritu santo, y fué su alma ilustrada con las luces del cielo y fortalecida con la virtud divina, se llenó enteramente del amor de Dios y del deseo de ganar almas y aumentar el reino de Jesucristo. Tendió las redes de su oración, y quisiera coger en ellas á todos los que estaban sumergidos en las tinieblas, y sacarlos á la luz de la verdad y conocimiento de la ley de Jesucristo.

Extendidos los apóstoles á predicar por todo el mundo, se dirigió san Bartolomé á la Licoonia, la Albania, las Indias Orientales y la Armenia. ¿Quién se extendió más á predicar el Evangelio que san Bartolomé, y de quién puede decirse con más propiedad, que por toda la tierra y hasta sus últimos términos, se oyó el sonido de sus palabras? Alégrate, Iglesia santa, podemos decir con Isaías, alégrate la que eres estéril y sin hijos, cunta alabanzas á tu Dios y ensancha

el lugar de tu habitación y las pieles de tus tabernáculos, porque el Señor quiere hacerte fecunda y que se aumenten prodigiosamente tus hijos. ¡Dichosos los piés que caminan para anunciar el Evangelio de paz, y se dirigen á ganar almas! ¡Y qué miés tan abundante reservó el Señor para san Bartolomé! Dádase entre los doctores quién recogió más fruto y convirtióó más almas, si san Bartolomé ó el mismo San Pedro. Pero ¿cómo no había de ser así, si tenía en su ayuda á los mismos espíritus infernales? Nada hay más eficaz y que más terror imponga á los demonios que la oración del justo, y san Bartolomé oraba sin intermision. Con sus oraciones les movió la guerra más cruel y obligó á confesar su debilidad, sus engaños y el poder del verdadero Dios. Ellos confesaban públicamente, que el siervo y apóstol de Dios, Bartolomé, les tenía aprisionados y los hacía enmudecer, que los abrasaba con sus oraciones. Desde que este apóstol entró en el templo del ídolo más célebre del reino de los Persas, llamado Astarot, dejó de contestar á lo que le preguntaban; y acudiendo en su consternacion los habitantes á consultar sobre tan penoso silencio al ídolo llamado Berit, les dijo: vuestro Dios está amarrado á cadenas de fuego sin poder hablar ni respirar, desde que Bartolomé, apóstol del Dios verdadero, ha entrado en vuestra ciudad, y lo mismo ha de sucederme luego que éntre en este templo.

El humo, dijo el ángel Rafael á Tobias, ahuyenta todo género de demonios, entendiendo por este humo los expositores sagrados el suave olor de las ardientes y fervorosas oraciones de Tobias y Sara. Pues este humo admirable, la oracion tan viva y tan continua de san Bartolomé, ahuyentaba la tiranía infernal de que estaban poseídos aquellos pueblos, envueltos en las tinieblas de la infidelidad y la idolatría, derrocaba el poder de los demonios, se valió de ellos mismos para el triunfo de la ley de Jesucristo y para que diesen testimonio de la verdad. Mandó al demonio que destruyese el ídolo Astarot y á todos los simulacros por sí mismo, y se vió precisado á hacerlo, porque se lo mandaba un hombre que hacía oracion á Dios cien veces al día y otras tantas por la noche, acompañado de una prodigiosa multitud de ángeles que le defendien. San Bartolomé era el azote de los demonios, porque con su oracion los ahuyentaba y los vencía. De aquí es, que á su voz quedaban libres de los espíritus inmundos los que eran atormentados de ellos. *Qui vexabantur à spiritibus inmundis, curabantur.* Pero su oracion fecunda llevaba tambien la salud y el remedio de todos los males á todas partes; era la fuente de que manaba la sanidad. Los que venían á oírle sanaban de sus achaques. Con sus oraciones curaba las enfermedades más reñitentes y

desesperadas, dejaba limpios á los leprosos, daba vista á los ciegos, los tullidos dejaban sus lechos y su postracion y corrían perfectamente restablecidos. ¿Qué mucho que dilatase sus conquistas, que ganase almas para Jesucristo, que fuese conocido y buscado por todas partes, como el obrador de grandes milagros y el apóstol del verdadero Dios? Su oracion frecuente le abria los caminos, y parece que penetraba sin resistencia en todas partes, recibiendo más bien los honores, que experimentando persecuciones y trabajos.

Un enemigo más terrible aún que los demonios, que las persecuciones y las calamidades tenia que vencer. La misma prosperidad, los intereses y los honores que tan frecuentemente vician y corrompen el corazón. El rey Polemon le hace llamar, no para hacerle morir en los tormentos, sino para pedirle rendidamente que libre á su querida hija del demonio que la atormentaba cruelmente. Los tesoros, y todas las riquezas de su reino son poco para ofrecerlo todo á san Bartolomé, en prueba de su agradecimiento; pero es mas grande que la gratitud del rey la generosidad del apóstol de Jesucristo. Sabe bien que las riquezas y dignidades de la tierra son estorbos para seguir á Jesucristo. Ha muerto al mundo, y no tienen entrada en el alma que ha gustado las delicias de la oracion, los vanos y perecederos bienes por que tanto suspiran los hombres carnales. Es un varon sin mancha, y no puede ser que corra tras el oro, y que ponga sus esperanzas en el dinero y los tesoros. Y este desinterés, este generoso desprendimiento de todo lo terreno, el testimonio de que no buscaba sus bienes, y que solo queria la salud de sus almas; sus milagros, los gritos de los idolos confesando que no son dioses, y que no hay otro Dios verdadero que el que anuncia Bartolomé; el hacerse pedazos los idolos con solo ponerse en su presencia este apóstol; todo conspira á mover, á convertir á Dios los corazones, á congregar una miés abundante para el Señor, y prepararle un pueblo perfecto.

¿Es posible, Señor, que así bendigais los trabajos de vuestro apóstol, que lleneis su corazón del más puro gozo, y que rebose su alma de placer, viendo que los pueblos enteros os reconocen y os adoran? Pero Bartolomé ora y suspira por morir por Vos, por derramar su sangre por amor vuestro, y por dar su vida en testimonio y defensa de la religion que tan milagrosamente propaga. Ora, y Vos, Señor, no desatendereis sus ruegos; ora y le proporcionareis los más crueles tormentos, y en la oracion tambien hallará y Vos le dareis la fortaleza necesaria para sufrírlas.

Preciso era que fuesen recompensados los grandes trabajos y mé-

ritos de este varon justo, y que recibiese la corona de mano del justo Remunerador; pero no habia de ser mejor tratado el discípulo que el Maestro; ni convenia á un apóstol una muerte descansada y tranquila; ni habia cosa que más apetiese san Bartolomé, por su grande caridad y amor á su Dios, que dar su vida por Él; y deseaba que llegase la ocasion de hacer patente este testimonio público de su amor, y confirmar su doctrina y sus milagros con su muerte.

Irritados los sacerdotes de los idolos, no pudieron pervertir al rey Polemon, y recurrieron á su hermano Astiages, que reinaba en una parte de la Armenia. Convidó éste al apóstol á que pasase á sus estados, encubriendo sus depravados designios; pero san Bartolomé, que conocia que era ya llegado al fin de su carrera; que nada deseaba tanto como derramar la sangre por Jesucristo, corrió como á unas bodas, á recibir la corona del martirio. Apoderóse Astiages de él luego que puso los piés en su córte, y le hizo desollar vivo. Ved, hermanos míos, un fruto grande y apreciable de la oracion; dá una uerza y valor extraordinario para sufrir los tormentos, que tanto acobardan á nuestra frágil y delicada naturaleza. El mismo Hijo de Dios, á la vista de los tormentos que habia de sufrir, al representarse el cáliz amargo y la pesada cruz que habia de apurar y llevar sobre sus hombros, comenzó á temblar, á temer y entristecerse; pero recurrió á la oracion, y se levantó lleno de valor y fortaleza desde lo sumo de su agonía. Entended, pues, cuánto vale la oracion, que al que está caído y agonizante le hace intrépido, animoso, y superior á los tormentos. La oracion, así como á Jesucristo, nos dá animo y una fortaleza incomparable para sufrir los tormentos más crueles. La oracion confortaba á Jeremias en la cárcel; á Daniel le llenaba de alegría en el lago de los Leones; por la oracion saltaban alabando á Dios los tres niños en el horno de Babilonia; por la oracion triunfa Job del diablo, reducido á la miseria y arrojado á un muladar. Imaginad si puede darse tormento más cruel que ser desollado vivo; pues san Bartolomé recurrió á la oracion, y no solo lo sufrió con paciencia, sino tambien con una santa alegría. Representáos este espectáculo de horror y de sangre, y no podréis menos de estremeceros. Pues san Bartolomé se miraba lleno de gozo; á su cuerpo cubierto de sangre lo consideraba como vestido de púrpura real, y á sus inhumanos verdugos como á los que entreteñian la corona de su triunfo. Oraba al Señor, y ofrecia su cuerpo destrozado como una hostia viva agradable á Dios, y se llenaba su alma de gozo pudiendo hacerle este obsequio y ofrecer su sangre al que murió por él. Miraba á su Maestro que murió en la cruz, y lejos de aco-

bardarse y desfallecer, predicaba á Jesucristo, le anunciaba desde el lugar del suplicio, y era la admiración de los gentiles y el espectáculo que miraban con gozo los Angeles.

Habia dicho el padre de la mentira, que piel por piel, y todo cuanto tiene el hombre daría de buena gana á título de conservar su vida; y que no basta para prueba de su amor y fidelidad á Dios llevar con paciencia la pérdida de todos los bienes, mientras no se llegue á su salud y su vida. Pues san Bartolomé, para dejar burlado al demonio, para ofrecer un sacrificio acepto á su Dios y no reservarse nada para sí, le ofrece, no solo cuanto posee, cuanto puede esperar y prometerse en el mundo, sino también su misma piel, su vida, sus nervios y sus huesos.—Si por conservar la vida del cuerpo, que está tan llena de miserias y calamidades en este valle de lágrimas, todo lo desprecia y abandona el hombre, decía y consideraba este apóstol, ¿qué extraño es que yo, por conseguir aquella vida eterna en que no se conoce la muerte, en que no se sabe lo que son lágrimas, en donde no se han experimentado los males y se gozan todos los bienes, dé la misma piel de mi cuerpo, si he de vestirme de la inmortalidad, y me deje desollar vivo con el mayor gusto, ofreciendo mi piel al que me ha de dar su gloria? Se le ve al desollado, no solamente con una fortaleza extraordinaria, sino también con alegría, con gozo, con el gozo del que triunfa. ¿En dónde pues está su alma, que parece insensible á los tormentos del cuerpo, que tan cruelmente es destrozado? Está puesta en seguro, dice san Bernardo, en las entrañas de Jesucristo, en la oración y contemplación de las llagas de Jesucristo. No basta el tormento para acobardar, ni quitar la vida á san Bartolomé: avergonzado el tirano de tanta paciencia y alegría, mandó que le cortasen la cabeza. Entró acompañado de ángeles á recibir el premio de sus trabajos y la corona de su triunfo; y nosotros, en vista de sus grandes virtudes, de su gran fe, de su celo, de su pobreza, de su desprendimiento de los bienes de la tierra, de su poder contra las potestades del Infierno, de su imperio sobre todo género de enfermedades, de su heroica fortaleza, paciencia y alegría en los tormentos; en vista de tantas y tan grandes virtudes como admiramos y veneramos en él, no podremos menos de confesar que todas tuvieron su origen, y que halló todos estos tesoros en la oración, en la que fué tan fervoroso y tan frecuente.

Si nosotros no tenemos fe, si somos tan apégados á las cosas de la tierra, si no nos elevamos á Dios, si no tenemos celo de su honra, si no sentimos sus ofensas, si no nos sacrificamos ni sufrimos cosa alguna por nuestro Dios, si no somos apóstoles ni mártires de Jesu-

cristo, es porque no oramos, y sin oración no podemos tener virtud alguna. Porque no nos acordamos de Dios, ni meditamos su ley, ni tenemos fijos nuestros ojos en Dios para observar cual es su voluntad y cumplirla. Vivimos sin otras ideas, sin otros deseos, sin otras esperanzas que las del mundo, y no nos acordamos del Cielo. Por eso no ponemos los medios para llegar á él. Orad, que así conoceréis y conoceremos lo que Dios quiere de nosotros; conoceremos la voluntad y ley del Señor, y los premios con que recompensa á los que le sirven. En la oración hallaremos, como san Bartolomé, todas las virtudes y las fuerzas para practicarlas. Conoceremos á Dios, y conociéndole, es imposible que dejemos de amarle. Nos conoceremos á nosotros mismos, y suspiraremos por llegar á nuestro destino inmortal, siguiendo, como discípulos fieles de Jesucristo, las sendas que nos dejó marcadas.

Rogad al Señor, glorioso apóstol, que nos conceda el que os imitamos en la oración, para que con ella nos vengan todas las virtudes y dones del Cielo, porque ella es el origen y manantial de todos. Alcanzad también para este pueblo y para vuestros devotos los bienes temporales, los favores que os piden, el socorro de las necesidades particulares, si conviene así para que consigan la gracia y despues la gloria. Amen.

PANEGÍRICO DE SAN BENITO.

*In manibus abscondit lucem, et præcipit
ei ut rursum adveniat.*

En sus manos esconde la luz, y le manda que vuelva de nuevo.

(JOS. c. 36, v. 32.)

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta respecto de los hombres! Á unos conduce á la soledad para hablarles al corazón y satisfacerlos lejos del tumulto y desórdenes del mundo. Á otros deja en el siglo para que la fuerza de sus buenos ejemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son como el tesoro escondido en el campo, segun el Evangelio, y que no es fácil de hallar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla San Mateo, que, colocada sobre la montaña, domina por su elevacion y su evidencia sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes ejemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener más testigo de su sabiduria que Dios, que es su principio. Sin embargo, es necesario confesar, que han florécido santos, en quienes el Señor se ha dignado unir las virtudes de la soledad á la santidad de edificacion y de esplendor; santos, que al principio ha ocultado al mundo, y que despues los ha manifestado al público para la ejecucion de sus decretos eternos; santos, que mudando de lugar y de clima, no han mudado de costumbres; cuya santidad en el desierto estaba oculta en Jesucristo, y manifiesta en el mundo por el mismo Salvador: *in manibus abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursum adveniat.*

Tal fué, hermanos míos, el gran Benito, cuya memoria celebramos. El desierto y el siglo le poseyeron sucesivamente; y Dios, que

en el primer estado le preservó de los peligros que le amenazaban en el mundo, le trajo al siglo para oponerle á su ignorancia y corrupcion: dándonos á conocer por este medio, que los que destina á tan sublimes ministerios, deben ocultarse en el secreto de su corazón, para recoger en este retiro el fondo de luz y de celo que han de manifestar despues al mundo. Benito, pues, desaparece, y se manifiesta pendiente siempre de la voluntad de Dios. Ya vive entre peñascos y rocas, sepultado en una gruta, como pudiera en un sepulcro, recogido enteramente con el Señor, sin tener cuenta de sus años, de sus dias, ni del lugar en que habita como peregrino sobre la tierra. Ya se presenta como un hombre conocido por el esplendor de sus virtudes, por la multitud y grandeza de sus milagros; como un hombre extraordinario, á quien los reyes de la tierra, los prelados, los pueblos le escuchan y admiran al mismo tiempo como restaurador de la disciplina monástica en el Occidente. Insensiblemente he venido á insinuar la materia de su elogio, que para darla órden divido en dos reflexiones. En la primera vereis á Benito muerto al mundo en una estrecha union con Dios. En la segunda le vereis conocido del mundo por las ventajas que procura á la iglesia de Dios. Pidamos las luces del Espiritu santo: *A. M.*

Como los hombres ignoran los designios de Dios, porque el Señor no admite consiliario, se oponen á veces á estos mismos designios, aún cuando juzgan conformarse á ellos. Así sucedió al padre de Benito, destinado por Dios á la soledad. Con el ánimo de procurarle una educacion análoga á la grandeza de su nacimiento y á los fines que se proponia, le envió á Roma en su más tierna juventud. En esta capital del mundo cristiano, no se veian ya sino algunos restos de aquella amable y preciosa inocencia, que formaba en otro tiempo su glorioso carácter. Los desórdenes más groseros reinaban en ella impunemente; la costumbre habia hecho desaparecer el pudor; la sensualidad, la avaricia, la ambicion y la violencia eran las acciones favoritas de sus habitantes. Por manera que, siendo entre ellos todo licito, como los satiriza un poeta gentil, únicamente no lo era el ser buenos; porque habiendo ya hecho alianza los delitos con las leyes, pasaba por licito todo lo público, por detestable que fuese.

Benito, ilustrado por la gracia, reconoce el peligro de los malos ejemplos, y no juzgándose bastante fuerte para combatir con un mundo corrompido, toma el generoso designio de abandonarlo; pero sin decir nada á sus padres, parientes ni amigos. Consulta únicamente la voz de la gracia; y considerando al mundo como un vasto y peli-

grosos mar donde se pierden tantas almas, deja á Roma y se retira al desierto de Sublac. Aquí se une inseparablemente con Dios, renunciando á los placeres y riquezas del mundo. Representaos por un momento al jóven Benito en su soledad: el fondo de una roca, rodeada de montañas y de precipicios, es su habitacion ordinaria. Un poco de pan, que un hombre caritativo le llevaba algunas veces, y que solo le servia para no desfallecer, era todo su alimento; el agua era su única bebida, y las pieles de algunas bestias del campo le servian de vestido, á imitacion de los solitarios de Egipto: costumbre que los de Occidente habian adoptado en su siglo. Tan duro como la roca que habitaba es su ayuno y el trato que da á su cuerpo, para reducirlo á servidumbre, como otro Paulo. Por manera, que su vida, no solamente es una exacta privacion de placeres, sinó una penitencia rigurosa y continua. El frio, el excesivo calor, la sed y la hambre le prueban sucesivamente; pero todo lo puede en el que le conforta.

¡Hombres delicados y sensuales! contemplad á este jóven solitario, practicando, aunque inocente, los rigores de una dura mortificacion, y no olvidéis, que si no os basta su ejemplo para corregiros, bastará á lo ménos para condenaros. Esta fierna victima de penitencia era tan agradable á los ojos de Dios, que le dió claras muestras de su proteccion. El hambre, en cierta ocasion, le condujo á las puertas de la muerte. Pero la providencia de Dios, que preparó alimento para todo viviente, y que no lo rehusa, segun el salmo, á los cuervos pequeños que á su modo le invocan, suscitó un otro Habacuc que fuese á socorrer la necesidad de este nuevo Daniel. Un sacerdote, que preparaba comida espléndida para un dia solemne, oye una voz del Cielo que le dice: *Tú preparas una comida deliciosa, y mi siervo padece hambre en el desierto.* Al oír el sacerdote estas palabras, igualmente confuso que admirado, fué á buscar á Benito, llevándole lo que para sí mismo habia preparado, y reanimó las fuerzas de aquel cuerpo desfallecido.

¡Ah, qué vergonzosa confusion la nuestra! Este sacerdote, conducido por la caridad, atraviesa un desierto sembrado de peñascos y precipicios, sin temer la crueldad de las bestias feroces que lo habitan; y nosotros, que vemos diariamente tantos pobres, casi consumidos de miseria, pasamos de largo sin socorrerlos como el sacerdote y el levita del Evangelio: nosotros, que no necesitamos recorrer las campiñas ni los bosques para hallar infelices cargados de hierro, y metidos en calabozos, ¡rehusamos visitarlos y darles algun consuelo! Otra seria nuestra conducta si consultáramos la ley divina, que nos manda depositar en el seno de los pobres parte de

nuestros bienes. Pero no perdaís de vista, que solo el misericordioso obtendrá la misericordia del Señor.

En este género de vida austera, mortificada y penitente pasaba Benito gozoso sus dias, avanzando de claridad en claridad por el camino de la perfeccion: Pero Dios, que con aruego á sus impenetrables designios queria fuese probado de todos modos, permitió que el demonio le atacase vivamente en el desierto por medio de la concupiscencia, este ángel de Satanás, segun la expresion de San Pablo, que nos solicita con frecuencia, nos atrae y nos cautiva en la ley del pecado. El espíritu impuro retrató con la mayor viveza en la imaginacion de Benito la idea de una mujer hermosa, que por casualidad habia visto en Roma, é inflama su corazon con la llama de la impureza. En tan duro conflicto, este penitente solitario se halló tan embarazado, que estuvo próximo á caer prisionero en poder del terrible enemigo de la pureza. Una secreta revolucion se apodera de su alma; se enfibia su fervor; la soledad empieza á disgustarle, y duda si volverse al siglo. Presentad ¡oh mi Dios! á Benito vuestra mano caritativa, y retiradle del abismo donde va á caer. Vuestra gracia, Señor, le ha hecho vencer al mundo y sus peligros; ¡permitireis sea vencido por la memoria del siglo y sus delicias? No hermanos míos: Benito, asistido de la gracia, y animado de una santa cólera contra su propia carne, la hace sufrir la pena de su rebelion. Se arroja sobre agudas espinas, que hicieron bien presto correr en abundancia su sangre; el dolor destierra el sentimiento del placer; las heridas que voluntariamente procuró á su carne, contribuyeron á la curacion de su alma. La úlcera interior que le devoraba salió por tantos canales, cuantas eran sus heridas; y las espinas, que pueden mirarse como castigo del pecado, fueron el preservativo.

¡Temblad y estremeceos, mortales! al ver á Benito solitario y penitente, casi vencido por el estímulo de la concupiscencia que le representaba una belleza frágil; ¡y vosotros, que ni sois solitarios ni penitentes, creéis poderos conservar puros en medio de una asamblea de uno y otro sexo, donde como carbones os encendeis unos á otros en el fuego de la lascivia! ¡Vosotros, repito, que sois unas cañas frágiles, os prometéis temerariamente la firmeza de una columna en los mas vivos ataques, sin temer, ni considerar, que el que ama el peligro en él perezca, segun el oráculo del Espíritu Santo!

Mas por la misericordia de Dios, la virtud de este jóven solitario se perfeccionó por la tentacion; y la victoria, que por la gracia de Jesucristo obtuvo contra su carne rebelde, debilitó de tal suerte su

concupiscencia, que no volvió á sentir en su corazón semejante violencia. Pero esto mismo le sirvió de poderoso estímulo para avanzar en el camino de la perfección; y no contento con haber dejado el mundo, y estar enteramente privado de sus placeres, nada le parece haber hecho, si no renuncia al mismo tiempo sus dignidades y grandezas. Atendida la máxima común entre las gentes, cuando el mérito viene acompañado de un alto nacimiento, opta de ordinario á los mayores y mas distinguidos empleos. Benito, pues, cuyas luces y conocimientos habian servido de admiración á sus maestros, y que entre sus antepasados contaba cónsules, senadores, héroes, y aún emperadores, bien podia tener las más fundadas esperanzas de colocarse algun dia en altas dignidades. Pero él se oculta á los ojos del mundo, renuncia todas las esperanzas del siglo, sus dignidades y riquezas, para lograr á Jesucristo, pobre, desconocido y humillado sobre la tierra. Encerrado, pues, en la caverna de Sublac, desprecia las grandezas humanas, y compara en su interior la gloria del siglo, ya á la yerba del desierto, que crece, y pronto se seca; ya á un relámpago nocturno, que apenas deslumbra los ojos cuando les deja únicamente la noche y las tinieblas; ya al agua, que rápidamente corre y se precipita en el abismo. Benito hace más caso del hábito humilde que le cubre, que de la púrpura consular que tantas veces habian vestido sus mayores. ¡Ojalá que un tal ejemplo corrigiese la desmesurada ambición de nuestro siglo! ¡Vicio universal que deshonra al cristianismo! Ídolo abominable, al cual todo se sacrifica de ordinario, el tiempo, el reposo y la conciencia!

Por otra parte, qué fondo de opulencia no hubiera hallado Benito en la sucesión de sus padres? Palacios, vastos dominios, heredades inmensas, infinito oro y plata, á todo era acreedor; pero él todo lo desprecia sin reserva; al dejar á Roma para siempre, se contenta con las riquezas de su inocencia y su virtud.

Persuadido, finalmente, que en materia de piedad es necesario avanzar siempre, para no descaecer, Benito trabaja sin cesar por santificarse. El ayuno, las vigiliias, la oración, la disciplina, y una altísima contemplación de los inefables misterios de nuestra fé, era su ocupación en el desierto. Este hombre de Dios, como una tierra cultivada, de la cual se han arrancado las espinas, producía los frutos de virtud más abundantes. Solo el Señor era testigo de tan singulares progresos. Mas como no crió la luz para que estuviese oculta bajo el celemin, sinó para que iluminase á todos los de su casa la Iglesia, dispuso con su adorable providencia, que los rayos de este hermoso astro de santidad iluminasen todo el desierto. Por

este medio la fama de la virtud de Benito, oculta en la soledad por tanto tiempo, se difundió, á pesar suyo; su luz se manifestó á los ojos de los hombres, y vino en breve á servir para ilustrarlos y conducirlos: *et precipit ei, ut rursus adveniat.*

El órden religioso no florecia ya con el fervor que en su principio en el Oriente. El gusto del retiro, del silencio, de la oración y del trabajo, decaía diariamente en los monasterios. Escaseaban los celadores de la antigua disciplina. Los solitarios, abandonando su vocación, solian frecuentar el siglo. Este comercio les era fatal, pues al volver á la soledad llevaban consigo el espíritu del mundo. De resultas, algunos cayeron en el error, y no pocos en la relajación. ¡Ejemplo terrible, pero instructivo! porque un religioso disgustado de su retiro, es un hombre casi perdido y expuesto á las mayores caídas. Entretanto que la Iglesia lloraba estos desórdenes, Dios elige á san Benito para que reparase sus quiebras, estableciendo en el Occidente lo que en el Oriente habia perdido por la caída y tibieza de sus solitarios.

Los religiosos del monasterio de Vicovarre lo eligen por superior. La humildad de Benito se resiste; pero, al fin, cede á sus deseos; y apenas colocado á su cabeza procura restablecer la disciplina abandonada. Habla como padre con suavidad y fortaleza; mas los religiosos, en lugar de ceder á sus vivas amonestaciones, corresponden con murmuraciones sediciosas, y no contentos, forman el mortal desiguio de envenenarle. Preparado el vaso con la ponzoña, se lo ofrecen: pero Dios, protector de su vida, le salva por un milagro. Benito hace sobre el vaso la señal de la cruz, y al punto se hace pedazos, y el veneno solo sirve para manifestar la malignidad de aquellos monjes parricidas. Hermanos míos, les dijo entónces, ¿qué motivo os he dado para que así me traicéis? ¿No os dije desde luego, que mis costumbres no convenian con las vuestras? Y sacudiendo el polvo de sus pies en testimonio contra ellos, dejó al instante el monasterio, y se volvió á su amada soledad.

Mas apenas llegó á ella cuando mudó de semblante. Una innumerable multitud rodeaba su caverna, dieéndole como los israelitas al Macabco: tú serás nuestro prelado, y nosotros haremos lo que tú nos mandes. Bien presto creció tanto el número de discípulos, que la soledad de Sublac vió con admiración fundados doce monasterios á solicitud de este ilustre patriarca. Bien presto los senadores y los patricios romanos condujeron sus hijos á esta montaña para consagrarlos á Dios. ¡Qué agradable espectáculo ver venir á los Mauros y Plácidos á ser discípulos de Benito! Figuraos á este patriarca, á

quien Dios había enriquecido con excelentes dones, nutriendo la piedad de estos jóvenes con sus ejemplo é instrucciones, acostumbrándolos al yugo del Señor, y haciéndoles considerar la gran felicidad que es llevar de buena voluntad este yugo de la religion, bajo la obediencia y sumision á sus prelados. ¡Qué gozo el de Benito al ver que sus discípulos manifestaban una vida angélica en cuerpo mortal! ¡Qué alegría al ver retratada sobre aquella montaña la imagen del Paraíso por la paz inalterable que entre ellos reinaba! ¡Qué frecuencia de oracion, qué rigor de ayunos, qué rendida obediencia, qué silencio! qué amables, qué deliciosos, oh mi Dios, eran estos tabernáculos del Señor de las virtudes! Hasta los montes se alegran, segun la expresion del salmo, al verse convertidos en casa de Dios y puerta del Cielo.

Empero, la malignidad de un sacerdote turbó las delicias de esta montaña. Instigado del demonio, se propuso denigrar la fama y reputacion de Benito y su Orden. Nada omitió para realizar su mal propósito, hasta poner asechanza á su preciosa vida. Benito pudo muy bien deshacerse de su adversario dando cuenta al magistrado; pero dejando á Dios la causa, tomó el partido de abandonar á Sublac, y retirarse al monte Casino. Á poco tiempo tuvo la noticia que este infeliz sacerdote había perecido bajo las ruinas de un edificio: le llora tiernamente, como David á su rebelde hijo Absalon, y castiga la alegría que manifestó en la ocasion uno de sus discípulos; doble ejemplo de severidad y de dulzura: con que manifestó á sus hijos, que si había sido moderado en sufrir la persecucion, era firme en vengar la caridad violada. Establecido pues en el monte Casino, edificó bien presto un monasterio. Desde allí destinó á muchos de sus discípulos á extender su orden por toda Europa. El Cielo bendijo su designio. Francia, España, el Piamonte, la Sicilia y varias otras comarcas, recibieron con placer á sus discípulos, y con admirable rapidez se vieron establecidos muchos monasterios. El monte Casino, donde en varios bosques permanecía el culto del dios Apolo, á la venida de Benito quedó bien presto convertido en Paraíso del Señor. Benito, devorado del celo de la casa de Dios, derribó el templo erigido á la falsa deidad, destruyó la estatua, y consiguió que en este monte, asilo hasta allí de la idolatría, solo fuese adorado en lo sucesivo el Dios verdadero, viniendo á ser monte del Señor, monte santo.

Pero la reputacion de santidad de este nuevo apóstol se extendió en breve maravillosamente. Los moradores de la ciudad y de la campiña, admirados de sus triunfos evangélicos, se presentaron á

Benito para recibir las palabras de vida y de verdad que salian con frecuencia de sus lábios. Los pecadores al oírlo sienten en su corazon las impresiones inefables de la gracia. Unos dejan la espada para tomar el hábito monástico; otros, sin dejar las armas, toman el cilicio para servir á un mismo tiempo á Dios y al príncipe. Pero lo que daba mas crédito á su apostolado, era el don de milagros y de profecía que el Señor le había comunicado. Los fieles, que tenían la dicha de oírle y hablar con él, deferian con facilidad á sus amonestaciones, acordándose de sus prodigios. Los fieles sabian que oyendo á Benito, escuchaban al que había sacado de las entrañas de la piedra una fuente pura y abundante; al que había hecho sobrenadar al fierro; al que había quitado á la muerte su triste presa. Sabian que este mismo era el que había hecho marchar sobre las aguas á uno de sus discípulos, y otros muchos milagros, que omito, de este nuevo taumaturgo. Paso en silencio su espíritu de profecía, don singular, que Dios había comunicado á su siervo para que instruyese á los mortales en las sendas de la salud.

La fama de su santidad y de sus prodigios atraía á todo el mundo al monte Casino, á oír y consultar á este hombre apostólico; y aquí fué donde Benito acabó de componer su regla, este compendio universal de la disciplina religiosa, que contiene los tesoros de la sabiduría y de la ciencia monástica. Regla que parece dictada por el espíritu de Dios; regla que san Bernardo llama produccion más divina que humana, y que muchos concilios la han aprobado por sus decretos; regla adoptada por muchos Ordenes religiosos, y que ha hecho inmensos progresos en el orbe cristiano. En ella trazó Benito á sus discípulos las sendas saludables que debian seguir; y uniendo á la autoridad de legislador la ternura de padre, les ordenó la pobreza, el ayuno, el trabajo, la obediencia, la humildad, el oficio divino, la oracion y otras muchas santas prácticas, partes esenciales del estado perfecto.

¡Qué no podria yo decir aquí de los abundantes frutos que los profesores de tan santa regla han procurado á la Iglesia y al Estado! Si quisiera recorrer sus anales hallaria entre los hijos de Benito papas, emperadores, reyes, reinas, cardenales, patriarcas, arzobispos obispos, doctores de la Iglesia, escritores sábios, estadistas y un gran número de santos, muchos de los cuales testificaron la divinidad de Jesucristo con su sangre. Pero dejo á los lectores de su vida la noble curiosidad de tan agradables noticias. Lo que vemos hoy, nos trae á la memoria lo que sería en lo antiguo la Orden de san Benito. En efecto; vemos con alegría á sus discípulos seguir constante-

mente las sendas de su padre, edificando á la Iglesia por su piedad, enriqueciéndola con sus obras, é ilustrándola con sus virtudes.

¿Y nos contentaremos por ventura con admirar la santidad de Benito? ¿Sus ejemplos no serán dignos de imitadores? Yo bien conozco que no á todos es dado caminar como él por la senda de la perfeccion; pero todos pueden y deben cumplir la ley de Dios y la justicia. ¿Quién nos impide imitar á Benito en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á Dios y al prójimo, en el perdón al enemigo, y en el cumplimiento de sus deberes? Yo no os digo que os retireis como él al desierto, que abandonéis vuestra pátria, vuestros parientes y amigos; una tal separacion no está en el órden de vuestras obligaciones esenciales; pero el Evangelio os manda expresamente, evitar las compañías de los mundanos, que han pervertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstinencia de Benito; mas debo intimaros de parte de Dios, que no violeis la ley del ayuno y que tengais presente, que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa, son vanos pretextos para eludir el precepto. Yo no os digo, que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí que debéis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre, para no caer en la tentacion. En fin, no olvideis, que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se alcanza. Es necesario pues la oracion, la mortificacion de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os deseo.

PANEGÍRICO DE SAN BENITO DE PALERMO.

*In vita sua fecit monstra, et in morte
mirabilia operatus est.*

Mientras vivió hizo prodigios, y despues
de su muerte obró muchas maravillas

(ECLÉS. c. 48. v. 15.)

Este es el magnífico elogio con que el Espíritu santificador honra la angusta memoria del incomparable Eliseo, digno sucesor del grande Elias, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los más yertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del más esclarecido israelita, que dotado del doble espíritu de contemplacion y de celo, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; en su presencia los vientos se enfrean y enmudecen, el mar calma sus hinchadas olas, la muerte abandona sus trofeos; de su boca sale un soplo vivificador, que penetra hasta las entrañas del abismo, y restituye á la vida los cuerpos soterrados entre las tinieblas del olvido: los reyes admirados le respetan, la púrpura y la majestad se rinden á su imperio, y los pueblos afligidos acuden á sus piés.

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al más famoso profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en conocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taumaturgo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo franciscano, la copia más original de su llagado patriarca, gloria de la nacion africana, luz prodigiosa del setentrion y mediodia, varon singular, alma grande de aquellas que, en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias para hacer alarde á los ojos del